

Como vemos, una auténtica cruzada de gongorismos, que Gerardo Diego resumía en 1961 con referencias concretas a lo que Góngora significó para cada uno de ellos: «Cada uno de los poetas que honramos a don Luis proyectaba sobre el paño de su ideal museo su efigie personal de Góngora. La de Guillén era más o menos «postsimbolista» o de poesía casi pura. La de Lorca, maravilloso y humilde doctrino, imaginista y popularista. La de Alberti, andalucista entre gaditana y antequerana. La de José María de Cossío, auténticamente barroca y refinadamente taurófila. La mía, creacionista y moderada, porque sabía muy bien que otra cosa hubiera sido trampa y llevaba dentro de mí serio catedrático. Por encima de todas y de todos, se imponía la infalible, geométrica, humanista y válida a cualquier luz de siglo actual y futuro la de Dámaso Alonso, capitán por aclamación del equipo. Nadie como él estudió, enseñó y demostró a Góngora como dos y dos son cuatro»⁴¹.

En el número correspondiente al primer semestre de 1964, la revista *La Torre* de Puerto Rico dedicó un homenaje a Antonio Machado y en él José Luis Cano incluyó un artículo titulado «Machado y la generación poética de 1925», en el que hacía una primera valoración de los contactos entre Machado y los poetas más jóvenes⁴². Hoy, muchos años más tarde, disponemos de nuevos textos, que nos van a permitir profundizar más en el asunto y descubrir que la relación Machado-poetas del 27 no fue un camino de rosas, ni entre los poetas del 27 existía una tan rendida admiración hacia Machado como pudiera parecernos. Las diferencias de criterio eran notables y, aunque había afectos, también había disidencias. Se trata, pues, de lo que hemos denominado una historia de encuentros y desencuentros⁴³. Pero lo cierto es que Pedro Salinas, Jorge Guillén, Gerardo Diego, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Rafael Alberti y Luis Cernuda, todos hablan en sus obras de Machado, todos hacen referencias a él. Y, a pesar de la distancia a la que el poeta de *Campos de Castilla* se sentía de los más jóvenes, todos ellos le tuvieron en cuenta y muy presente, apreciaran o no su poesía, estimaran o no su figura.

La relación de estos poetas y Antonio Machado, estudiada en el artículo de José Luis Cano y en varias comunicaciones del último congreso machadiano⁴⁴, nos da la clave también de la posibilidad en nuestros poetas de practicar una crítica adversa. Es lógico que su admiración hacia la espiritualidad lingüística de un San Juan de la Cruz, que unía elegancia expresiva y capacidad de ensoñación, o el deslumbramiento ante la magia barroca de un don Luis de Góngora, fuesen en cierto modo incompatibles no sólo con la poesía sino también con el pensamiento de Machado, opuesto con toda claridad al arte barroco, desde que publica el arte poético de Juan de Mairena. Los textos que conservamos de Salinas, Guillén o Gerardo Die-

⁴¹ Gerardo Diego, *Crítica y poesía*, pág. 115.

⁴² José Luis Cano, «Machado y la generación poética de 1925», *La Torre*, XII, 45-46, 1964, págs. 483-504.

⁴³ Francisco Javier Díez de Revenga, «Antonio Machado y los del 27 (Encuentros y desencuentros)», *Antonio Machado hoy. Actas del Congreso Internacional Conmemorativo del Cincuentenario de la muerte de Antonio Machado*, Alfar, Sevilla, 1990, vol. III, págs. 365-373.

⁴⁴ Vid. *Actas Antonio Machado hoy*, cit.

go se mueven entre la indiferencia, el afecto y, en todo caso, el respeto hacia unas ideas que son contrarias. Pero los textos críticos que conocemos de Aleixandre, Cernuda y sobre todo Dámaso Alonso, revelan la distancia entre una forma y otra de concebir la poesía, que se puede resumir en esta frase de Dámaso Alonso muy dura y expresiva del sentir de muchos de los de su generación: «Lo más característico, continuo e intenso de la obra poética de Antonio Machado se produce antes de que él dé señales de una verdadera preocupación filosófica...». «Por otra parte, debo decir —continúa más adelante— que el encuentro con la filosofía, me expresaré mejor, con la historia reciente de la filosofía reciente, fue fatal para su poesía»⁴⁵.

Y, por último, Gabriel Miró⁴⁶. Entre la bibliografía del escritor alicantino, un sector de estudiosos destaca con una reveladora personalidad. Un sector formado por poetas, por los poetas del 27, que unen a la admiración y cariño hacia Miró, la sensible comprensión de su excelente obra literaria, quizá con mayores y más adecuados títulos que ningún otro crítico, ya que todos ellos supieron apreciar la fina sensibilidad lírica de Miró. Dámaso Alonso lo ha expresado recordando sus años de estudiante y hablando en nombre de su generación: «¡Cómo nos sentíamos ligados a su simpatía, en agradecimiento, a aquel creador de bellos, estremecidos mundos de arte! ¡Cómo amábamos a Gabriel Miró! ¡Cómo adivinábamos, tras el intuitivo y prolijo artista, al hombre bueno, al corazón de oro!»⁴⁷. Las palabras anteriores proceden de uno del prólogo a uno de los volúmenes de la edición conmemorativa de las obras de Miró, en la que también participaron, con otros prólogos, Pedro Salinas y Gerardo Diego. Dámaso Alonso incluirá este trabajo en su libro *Poetas españoles contemporáneos* junto a otros estudios dedicados exclusivamente a cultivadores del verso. Miró es la excepción. Miró considerado como poeta será un criterio que adoptarán unánimemente los del 27. Jorge Guillén, también seguidor fervoroso del escritor alicantino, incluirá su estudio sobre Miró en *Lenguaje y poesía*. También será el único prosista allí recogido. Y muchas de sus reflexiones se refieren directamente a la condición de Miró como poeta (apelativo rechazado por el propio Miró), como lírico (éste sí le complacía) y como novelista. Guillén dedicó un ejemplar de *Cántico* de 1928 a Miró con estas palabras: «Al único poeta que no quiere serlo»⁴⁸.

Gerardo Diego, en uno de sus estudios sobre Miró, llega a conclusiones muy acertadas sobre la entidad del escritor alicantino, al que considera que utiliza la prosa como medio y no como fin. Miró presumía de no haber escrito jamás ni verso ni teatro, por lo que estaba convencido de que su estilo era el ideal, el adecuado. Y esto causó no sólo la admiración sino también el interés de todos los poetas de la generación del 27. Y así lo

⁴⁵ Dámaso Alonso, *Obras completas*, vol. IV, pág. 195 ss.

⁴⁶ Francisco Javier Díez de Revenga, «Gabriel Miró y los poetas del 27», Homenaje a Gabriel Miró. Estudios de crítica literaria, *Facultad de Filosofía y Letras de Alicante*, Alicante, 1979, págs. 243-263.

⁴⁷ Dámaso Alonso, *Obras completas*, vol. IV, pág. 646 ss.

⁴⁸ Edmund L. King, edición de *El humo dormido de Gabriel Miró*, Dell Publishing Company, New York, 1967, pág. 37.

señala Gerardo Diego: «Y es que, en efecto, resulta sorprendente que se llegue por el solo vehículo de la prosa a tal condensación e intensidad poéticas como las que palpitan en la prosa —tan musical por otra parte— del autor de *Años y Leguas*»⁴⁹. Por su parte, Pedro Salinas también se plantea este problema, aunque él ve lo poético en la actitud vital, en el deseo de compenetrarse con el paisaje y con la tierra, en un intento «tan espiritual, tan expresivo del afán de inmortalidad como la más alta poesía»⁵⁰. Y con estos puntos de partida, todos los poetas del grupo estudian y definen múltiples aspectos de Miró, defendiendo y admirando una manera de concebir la prosa tan distinta de lo que hasta entonces se había hecho, pero al mismo tiempo tan cercana a los propios planteamientos estéticos de los poetas del 27.

Los poetas del 27 como críticos literarios, como ya señalábamos al principio, constituyen una singular excepción en el campo de la crítica literaria española contemporánea. Sus reflexiones, sus preferencias por unos determinados escritores españoles, sus afinidades estéticas con ciertos movimientos de nuestra historia literaria, definen ante todo la existencia de una actitud que se revela, en muy buena parte, como una postura común que tiene incluso pronunciamientos unánimes (Góngora, por ejemplo). El estudio completo de todas estas valiosas obras críticas, aquí brevemente sugerido, debe poner de relieve igualmente, quizás en algunos casos, rasgos subjetivos, pero en general, la coincidencia en planteamientos de historia literaria que, sin duda alguna, al conocerlos, nos van a permitir entender mejor aspectos de lo más valioso y más trascendente que esta generación ha legado a la historia: su poesía.

Francisco Javier Díez de Revenga



⁴⁹ Gerardo Diego, «Gabriel Miró», Cuadernos de Literatura Contemporánea, 5-6, 1942, pág. 203.

⁵⁰ Pedro Salinas, *Introducción a Gabriel Miró*, Libro de Sigüenza, Obras completas, edición de los «Amigos de Gabriel Miró», Altés, Barcelona, 1936, vol. VII, pág. IX.



Francisco Ayala en 1991 (Foto de Jesús de Miguel de la Fuente)